

# La palabra de la experiencia o la experiencia de la palabra

*Manuel Andrés Villanueva Estudillo\**

## *Resumen*

En este artículo expongo algunas reflexiones teóricas y metodológicas en torno a la articulación de tres temas que considero siempre problemáticos en las ciencias sociales: la palabra, la experiencia y la intervención en campo. Para profundizar en esto me valgo de la contribución de distintos autores cuyo pensamiento mantienen una vigencia en la vida contemporánea. La paradójica relación entre la experiencia y el lenguaje son discutidas en función de un trabajo de intervención que realicé en el municipio de Atenco, Estado de México, donde los actores sociales producen relatos pertinentes para pensar estos temas. Desde esta misma experiencia que ha operado como pivote, procuro recuperar de alguna forma las enseñanzas tomadas y devueltas en los espacios formativos para poner sobre la mesa la necesidad de una intervención ética, consciente política y metodológicamente.

*Palabras clave:* experiencia, palabra, intervención, narración, subjetividad.

## *Abstract*

This article exposes some of the theoretical and methodological reflections on the articulation of three issues that I always considered problematic in the social sciences: the word, the experience and field intervention. To deepen in that, I avail myself of the contribution of different authors whose thoughts remain valid in contemporary life. The paradoxical relationship between experience and language are discussed in terms of the intervention work

\* Profesor-investigador, Departamento de Educación y Comunicación, UAM-Xochimilco.

I made in the town of Atenco, Estado de Mexico, where activists produce relevant narrations to think about these issues. From this same experience which has operated as a pivot, I try to retrieve somehow the lessons taken and returned in the learning spaces to put on the table the need for ethical, political and methodologically conscious intervention.

*Key words:* experience, word, involvement, narration, subjectivity.

El narrador toma lo que narra de la experiencia; la suya propia o la transmitida, la torna, a su vez, en experiencias de aquellos que escuchan su historia.

WALTER BENJAMIN

## Introducción

La palabra ha sido el medio privilegiado para aproximarnos a la experiencia del otro, la cual por sí misma es siempre inaccesible, pero en no pocas ocasiones las ciencias sociales parecen tener demasiada confianza en que sus métodos les posibilitan conocer los significados expresados por los sujetos con quienes sucede la intervención. Esta postura involucra aspectos psicosociológicos y comunicativos que obligan a una permanente discusión considerando que el lenguaje en amplio sentido ha sido de interés para las ciencias sociales desde fines del siglo XIX, y que tuvo en el giro lingüístico un punto de inflexión ya entrado el siglo XX.

Para lo que pretendo desarrollar aquí me interesa señalar de una vez que en la representación hay una distancia, una separación entre el objeto, su procesamiento cognitivo-afectivo, la simbolización y la comunicación mediante la palabra, por lo que el camino que recorre una acción hasta devenir experiencia en el lenguaje es lo que nos permite comprender que se trata de una transformación en otra cosa, y ahí se vuelve presente un abismo insalvable para la comunicación de la experiencia, pero ¿realmente se puede comunicar una experiencia o

estamos delante de una paradoja? Tal vez lo acontecido es en realidad un instante inaprensible en el lenguaje, al tiempo que sólo mediante él pueda darse somera cuenta a uno mismo y a los otros de lo que acontece en el mundo. La palabra es la respuesta a ese salto imposible del hecho aparentemente objetivo a la realidad subjetiva, por eso considero que toda ciencia humana debe aproximarse a la subjetividad que pueda proveer elementos para la hermenéutica. Es mi intención provocar al lector algunas reflexiones sobre la manera en la que los textos son producidos y el tratamiento de los relatos generados en el campo de intervención, procurando que quien decidió acercarse a estas líneas pueda sentirse interpelado sobre su propia praxis y la ética con que la conduce.

En disciplinas como la psicología social, sociología, antropología y el psicoanálisis, la palabra dicha es la materia prima fundamental fervientemente buscada en las intervenciones, ya será preocupación de cada investigador el acompañamiento o no de datos cuantitativos, pero son los relatos creados durante las incursiones en el campo los que proveen material de análisis para los trabajos en desarrollo. Ocurre, sin embargo, que en la atención y privilegio de las narraciones, son dejados del lado otros tantos datos importantes que proveen el sustento contextual de quien dice lo que dice, porque citando a Humberto Maturana y a Francisco Varela (1984:14), “*todo lo dicho es dicho por alguien*”. Toda reflexión trae un mundo a la mano y, como tal, es un hacer humano por alguien en particular en un lugar particular”; con estas palabras me refiero a la importancia del contexto, de conocer quién le dice qué a quién, en dónde, cómo y con qué intención, elementos estos dos últimos que en ocasiones son pasados por alto, pero que en temas sociopolíticos resultan indispensables, como me ocurrió en una intervención en el municipio de Atenco, Estado de México, concretamente con algunos de los actores sociales que conforman al Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra (FPDT); dicha intervención y las reflexiones que me posibilitaron pensar la experiencia componen la última parte del texto con la que pretendo ilustrar la exposición de reflexiones teóricas y metodológicas que componen los primeros apartados.

## Al filo de la incertidumbre y la apertura: condiciones para la escucha de los relatos

La condición irreplicable de cada sujeto y fenómeno abordado obliga al investigador a una cuota de incertidumbre, la cual lejos de ser indeseable se vuelve necesaria para la escucha de la palabra del otro. Esta incertidumbre que refiero se liga a la apertura hacia el otro como precondition de la intervención social enmarcada en algunos paradigmas posmodernos, donde se reconoce en el otro a un ser capaz de construir conocimiento con el propio investigador, en lugar de la antropología de principios del siglo XX, donde el sujeto del saber era el interviniente, por poner un ejemplo repetido en otras ciencias. Sin embargo, el debate sobre la posmodernidad, su existencia misma, los alcances que posee y su propuesta, si es que la tiene en vez de ser una simple crítica ubicua, no deben conllevar la falta de rigurosidad científica sino suponer una nueva forma de ésta. Por otra parte quiero añadir una nota al margen: ¿no es acaso que el científico social y los sujetos con quienes investiga viven todos en un mismo estado de incertidumbre sobre la vida y el futuro en un contexto social como el mexicano?

Pensemos la incertidumbre no como ansiedad sino como una actitud hacia lo desconocido, una manera de significar eso no conocido a lo que nos pretendemos aproximar, como cuando viajamos por primera vez hacia algún lugar y tenemos ciertas nociones, pero será únicamente en la toma de contacto con el espacio y el tiempo del otro cuando podremos adentrarnos. Incertidumbre es de lo que adolece el positivismo que ha creado la ilusión del control de todos los momentos y elementos de la investigación: sujeto de estudio, investigador, entorno, tiempo y espacio, y por ello da por sentada la reproductibilidad que ofrece precisamente la certidumbre de cada experimento, de cada fase del proceso, obviando o desechando el *ruido* provocado por la emergencia subjetiva que sale de sus territorios controlados.

En cambio, la apertura se encadena a la incertidumbre como una postura ética y metodológica en la intervención social en tanto que el científico encara el campo como un observador participante que se involucra y conforma el espacio, no es ajeno ni anhela su control sino que *hace cuerpo* en la masa o grupo en que se encuentra, y con ello

alimenta las interacciones y produce lo que ocurre. Correctamente asimilada, la apertura con esos otros con quienes se trabaja sentará las bases para conocer con ellos y que puedan desplegarse en toda su complejidad como seres. Las sorpresas y desilusiones conforman los condimentos de la investigación para el investigador porque con una actitud de apertura emergerán las identificaciones, transferencias, resistencias y rechazos, pero es precisamente eso de lo que se trata el encuentro de subjetividades y que es parte fundamental del texto<sup>1</sup> coproducido.

Es moneda corriente dar por válido cualquier relato que el otro nos brinde si cumple con los mínimos de coherencia y verosimilitud, porque una vez que accedemos a su palabra, preferentemente con anuencia y buena gana, nos predisponemos a escuchar desde la confianza que pretendemos establecer en la relación con el otro. Un problema ético y metodológico asoma aquí porque siempre es necesaria una cuota de credibilidad hacia lo que escuchamos, pero esta fe en la palabra del otro puede conducirnos a callejones sin salida cuando descubrimos aspectos erróneos o deliberadas mentiras. En el trabajo con sujetos con conflictos psíquicos como son los usuarios de servicios de salud mental, es relativamente usual encontrarnos con relatos que dan cuenta de su realidad pero cuyos elementos no son precisamente ciertos, sino que coherentes dentro del particular sistema lógico del sujeto; ahí aparece en su complejidad la diferencia en el tratamiento de la palabra como comentario cuando en realidad están haciendo una crítica del lenguaje, de la misma forma en la que las enfermedades mentales son una resistencia a la vida de los *sanos*.

Lo que complejiza el abordaje del texto es la transferencia y la implicación con el sujeto en particular y el tema en general. En mi caso al investigar la relación entre memoria y el movimiento de defensa del territorio del FPDT, los encuentros semanales fueron abriendo canales de identificación con los integrantes de este grupo político, cuya causa y agenda despertaron interés en mí incluso antes de convertirme en psicólogo social.

<sup>1</sup> Entiéndase por texto el material trabajado cuyo origen es el encuentro con el otro.

La escucha de cada investigador es trastocada subjetivamente por mucho más que las simples palabras, el momento reflexivo y analítico son mediados por lo que se siente en la psique y en el cuerpo, por la experiencia propia y por lo que resulta de poner ésta frente a la del otro. Si el tema es más importante para el propio investigador que lo que dice el otro, entonces su narración será utilizada como justificación de lo que el científico social quiere decir realmente, y eso es un simulacro de escucha carente de ética y rigor epistemológico.

Una apertura genuina supondrá cuando menos la posibilidad de escuchar incluso si lo que nos es dicho o mostrado no es cabalmente comprendido, pero en ningún caso como un trazo cuya aparición represente una obligación de ser interpretada y analizada, puesto que muchas veces en ese análisis la propia palabra del otro pierde significado y fuerza de enunciación. Respecto a un trabajo de sus colegas con brujos europeos, la etnógrafa francesa Jeanne Favret-Saada señala:

El acto de habla –la enunciación– es escamoteada, del discurso del nativo sólo queda un resultado: enunciados impropriamente tratados como proposiciones; en fin, la actividad simbólica es reducida a la emisión de proposiciones falsas. Como se puede apreciar, todas estas confusiones giran en torno a un punto común: la descalificación de la palabra nativa y la promoción de la del etnógrafo (Zapata y Genovesi, 2013:60).

La intervención es un acto de incursión en dos vías que se abren y en donde las riendas no las sostiene uno de los extremos sino la relación misma. Abandonarse en el encuentro y la afectación con el otro no tendría por qué suponer más que la posibilidad de conocer en la ausencia de certezas, y que lo que acontezca podría ser una experiencia humana antes que científica, pero ¿dónde queda el *yo científico* del investigador y su propio trabajo? Continúo el diálogo con Favret-Saada, quien nos ofrece una respuesta:

Cuando un etnógrafo acepta ser afectado, eso no implica identificarse con el punto de vista del nativo, ni que se aproveche del trabajo de campo para excitar su narcisismo. Aceptar ser afectado, no obstante, supone asumir el riesgo de que el proyecto de conocimiento se desvanezca.

Si este proyecto es omnipresente, no pasa nada; pero si algo sucede y éste no zozobra en la aventura, la etnografía es aún posible (Zapata y Genovesi, 2013:65).

Nos dejamos afectar para conocer con el otro y ello entraña riesgos, pero sólo así la palabra del otro encarnará de alguna forma en la subjetividad, en el sistema de significación propio. En este sentido la narración autobiográfica, la más común que escuchamos, es siempre una interpretación de la experiencia, cuya singularidad es su propio valor como relato y que al ser escuchada por el investigador es reinterpretada, y esta narración abre un campo de mutua liberación, como señala Maritza Montero:

El diálogo se inicia y el “sujeto” se hace rostro. Y el investigador ve su rostro y ve también el suyo propio. Y es esa observación la que nos permite hablar de la relación liberadora que puede darse en la investigación psicosocial. Liberación del otro sujetado en el anonimato y en la cosificación, liberación del yo que reconoce su otredad y la acepta y la libera (2002:42).

Mirar y escuchar para reconocerse en el otro me ocurrió en el campo cuando intervine y fui intervenido en Atenco; no lo buscaba forzosamente en un primer momento, pero sucedió en los albores del proceso mientras notaba cómo las diferencias se acentuaban en términos de nuestras historias singulares a la vez que compartíamos valores e inquietudes principalmente políticas, que fueron evidentemente las que me interesaron del movimiento atenguense. En un diálogo con Marcelo, activista de San Cristóbal Nexquipayac, dijo unas palabras que me hicieron sentir directamente interpelado: “el activismo político se hace en la colonia, en la fábrica, en la escuela, en el campo; la necesidad de organizarte, la necesidad de hacer algo, la necesidad de quitarte el yugo de encima, la necesidad de quitarte la explotación hace que salga en ti, ese tú que realmente debes ser” (extracto de una entrevista del 22 de febrero de 2013).

El tratamiento que hacemos de los relatos captados en el encuentro con el otro marca una condición teórica-metodológica de importantes

consideraciones. Cuando el sujeto, singular o colectivo como lo es el FPDT, narra desde el saber de su propia experiencia de manera autobiográfica, nos encontramos frente a las historias de vida, mientras que los relatos que informan sobre su presencia en acontecimientos o procesos amplios pero puntuales, son considerados como testimonios, y en ese caso sólo quien estuvo en los hechos narrados puede ser un testigo. La diferencia es muy sutil, pero conocerla es importante para no referirlos como sinónimos, en particular en este texto en el que la experiencia es un eje y podemos imaginar que en ambos casos se hace presente. Bien pueden emerger las dos modalidades en una misma sesión o entrevista, pero serán el posterior recorte y la orientación de la escucha del investigador los que distingan los elementos útiles.

Si además de rescatar lo que el investigador considera más valioso se añade la emergencia de aquello que no era parte de las expectativas previas al encuentro, entonces el texto producido tendrá una riqueza cualitativa mayor, porque lo que se persigue en un primer momento son los significados expresados en el relato, pero mientras éste es producido aparecen elementos transferenciales cuyo peso en la investigación debe ser considerado; estos componentes aparentemente emergentes son en realidad centrales en la metodología cualitativa:

La investigación social y la psicosocial en particular se permiten ampliar el campo de sus interpretaciones reconociendo el carácter activo, constructor, que tiene todo ser humano en cualquier proceso o fenómeno; así como el reconocimiento de que también en la investigación psicosocial se establece una relación social, en la cual investigadores e investigados son y actúan. Investigar, como todo otro acto humano, ocurre en la relación (Montero, 2002:43).

Sin embargo, como investigador uno llega a ciertos dilemas que lo comprometen como profesional, como integrante de la academia y como sujeto. ¿Implicarme más pondrá en riesgo el carácter de la intervención y sus objetivos?, ¿pero para qué intervengo si no es para implicarme, más aún en una investigación con un grupo político? La intervención aséptica nos convierte en positivistas así que desde una perspectiva comprometida no parece haber otra elección. En realidad

el investigador se interna en un campo y se involucra con los otros a partir de su persona, con la conciencia de quién es y las oscuridades de su inconsciente; si la tejedora trabaja con sus manos el investigador lo hace con su propio ser, por más que quiera cubrirse llega a ciertos puntos donde la encrucijada es ineludible y sólo la ética y la conciencia epistemológica podrán dar una respuesta y servir de guías.

Hay que actuar, y para ello vale el sustento metodológico de la investigación acción participativa, definida como “una metodología común a las ciencias sociales, humanas y a las ciencias de la salud (entre otras), que permite construir conocimientos significativos para el mundo científico, al mismo tiempo que interviene, posibilitando la transformación de situaciones problemáticas para los grupos poblacionales con los que acciona” (Ahumada, Antón y Peccinetti, 2012:24). En el marco de esta metodología el trazo del sendero es únicamente el del compromiso: primero con la sociedad que conformamos con ellos, los otros y genuinos protagonistas de la investigación, y en segundo con nuestras propias disciplinas.

### **Ires y venires de la palabra y la experiencia en la intervención social**

El lugar de la palabra siempre será, para la psicología social y el psicoanálisis, antecedente y condición misma de la subjetividad, posibilidad y dificultad de ser sujeto social. Luego, en un plano más sociológico, particularmente desde el foco del interaccionismo simbólico, la palabra es medio de expresión que permite la significación y paralela construcción de un yo y un nosotros.

La palabra es la prueba de la mediación del lenguaje, signos arbitrarios como los de estas páginas que logran comunicar algo al lector, igualmente preparado para descifrar lo que aquí aparece. Pero si asumimos que media entre lo real y lo simbólico, entre lo que el sujeto capta y luego expresa, entonces vale aclarar que la palabra es sólo una forma, la más útil en la mayoría de los casos, para dar a entender algo que no es, porque lo único que una palabra puede ser es un signo y

una representación, un objeto simbólico que opera efectivamente en la comunicación posibilitando la mutua inteligibilidad.

Michel Foucault (1968) dejó en *Las palabras y las cosas* un apunte clave para entender la relación entre lenguaje y representación: la época clásica supuso una modificación entre el lenguaje y las representaciones, a su vez algo distinto de las cosas, y que encuentran como segundo lenguaje a la crítica y al comentario. Este segundo lenguaje, que tal vez convendría tomar una licencia y llamar segundo nivel del lenguaje, era un sendero con dos oposiciones, por un lado la crítica que profana e interroga formalmente al lenguaje de representación, y por otro el comentario que lo sacraliza sin mayores cuestionamientos.

Tomar al relato como crítica lo interroga en su difícil relación con la representación y la experiencia. En el segundo nivel del lenguaje la crítica interroga el funcionamiento del lenguaje: “qué representaciones designa, qué elementos recorta y descuenta, cómo se analiza y compone, qué juego de sustituciones le permite asegurar su papel de representación” (Foucault, 1968:84-85), por lo que conviene preguntarse ¿cómo encaramos los investigadores la palabra de los otros, como comentario o como crítica? Si fuese críticamente no cabría la profundidad del análisis discursivo de fondo sino meramente en sus cualidades formales, en cambio si es como mero comentario nos ubicaríamos en una tradición antiquísima que respondía a los sujetos de otra episteme, el sujeto de la modernidad cuya relación con el lenguaje era menos rebuscado que nuestra contemporaneidad. Pienso que no es cabalmente de ninguna de las dos, sino una manera jalonada, porque como el propio Foucault menciona, “en tanto que no se desate la pertenencia del lenguaje a la representación en nuestra cultura o, cuando menos, se la delimite, todos los segundos lenguajes seguirán presos en la alternativa de la crítica o el comentario” (1968:86).

Por su parte, la experiencia constituye hasta la fecha uno de los conceptos teóricos más polémicos y difícilmente definibles en las ciencias sociales. Procurar una definición para todos los usos es una pretensión inalcanzable, pero existen cuando menos dos formas de aproximarse: una en la que la experiencia es lo que el ser vive emocional y afectivamente excediendo cualquier posibilidad de ponerlo en palabras, y otra en la que la experiencia existe sólo en el lenguaje, es siempre un acto de

mutar en palabras aquello por lo que el ser ha pasado. La primera sería una postura singular donde el sujeto es el único que puede conocer lo ocurrido, mientras la segunda socializa lo acontecido mediante las palabras. Habría un entrelazamiento entre niveles de subjetivación tanto singular como colectivo, una tensión dialéctica, como en otro sentido Hegel proponía una dialéctica sobre lo que ocurría en el espíritu: “el movimiento dialéctico que la conciencia ejerce sobre sí misma y que afecta tanto su conocimiento como su objeto, es precisamente lo que se llama experiencia” (Jay, 2002:6), por lo que ésta combina afectividad y cognición.

Estamos frente a una relación paradójica que arroja varias preguntas: ¿la experiencia, eso que exactamente percibimos y sentimos, es verdaderamente comunicable?, ¿al narrarse se da cuenta a los otros de lo ocurrido realmente?, ¿cada vez que narramos determinada experiencia lo hacemos de la misma forma? Estos interrogantes acompañan el texto en general para que el lector busque sus propias respuestas y formule más preguntas, pero adelanto que, en tanto paradoja, tomo como válidos elementos de ambas posturas puesto que considero que el hecho en sí es siempre individual y que ocurre muchas veces más allá de los linderos del lenguaje, sin embargo, sólo podríamos llamar experiencia a aquello que expresamos mediante palabras, con toda la carga afectiva que ellas intentan comunicar.

Una breve arqueología de la experiencia en un sentido foucaultiano permite comprender que fue la modernidad, episteme que da a luz a las disciplinas contemporáneas, la que separó a la experiencia común del quehacer científico. La experiencia devino en objeto indeseable de una científicidad objetivizante cuyos cimientos delimitan sus fronteras en la predictibilidad, control y perfeccionamiento técnico, por lo que la experiencia como acción y relato siempre pendiente de la propensión al cambio no hallaba su lugar, en vez de ella se formuló la experimentación, un entorno de seguridad que se encuadra en las ciencias modernas.

Con la experiencia devaluada en los discursos positivistas, fue en el siglo XX que pudo retomarse en prácticas de ciencias sociales cuando comenzó a cuestionarse epistemológicamente el lugar que tenían el sujeto, su contexto y su palabra, en la construcción del conocimiento. El pasaje de las etnografías enfocadas al exotismo donde el sujeto

occidental da a conocer lo que los otros son, a un cambio paradigmático en el que el sujeto cuenta como co-constructor del saber creado es lo que devuelve el lugar en las ciencias a la palabra del otro, a su experiencia. La diferenciación puede resumirse en la epistemología del sujeto cognoscente, donde el único con facultad de conocer es el sujeto interventor, lo que supone verticalidad en la relación y una supuesta objetividad del quehacer científico, que contrasta con la epistemología del sujeto conocido en la que la relación que se busca es horizontal y donde el otro no es sólo el recipiente de información sino un narrador, alguien que en sus palabras puede desplegar ante el investigador todo un entramado de significaciones que son merecedoras de escucha. Este nuevo paradigma prioriza la intersubjetividad y con ello la dinámica entre sujetos, que en lugar de remarcar la diferencia colocando tierra de por medio, procuran transformarla en texto y generar conocimiento a partir de ella, no negándola sino integrándola. Experiencia y narración se encuentran para la creación de conocimiento; es en su traducción en relatos que la experiencia es re-vivida como un saber, a la vez que el diálogo posibilita su colectivización.

La escucha de la palabra del otro conlleva ese desafío que el positivismo intentó eludir en su huída hacia la experimentación: la mutua interpelación, la mirada, la acción y la palabra que el otro devuelve. Ahí la experiencia emerge y obliga a comunicarse y a ser tomada en cuenta, ¿pero cómo y dónde se incluye?

Bajo el paradigma interpretativo (Vasilachis, 1992:43) el principio rector es la comprensión del significado expresado en acciones y en palabras haciendo una interrogación constante, pero también se inserta en el relato propio del investigador, en lo que sólo dice para sí y para imaginarios interlocutores; me refiero a los diálogos que suceden en la vida anímica del interventor y que son resultado de sus experiencias pasadas que vuelven para contrastarse; ahí está otra parte del aprendizaje, del conocimiento que se construye a partir de la participación de los otros, de sus relatos tan necesarios para poder pensar mejor y distinto lo que el investigador ha caminado.

La experiencia, ese acto de *pasar por algo* que dice Dominick LaCapra (2006:68), se desdobra en lo cotidiano y lo excepcional como señaló décadas antes Walter Benjamin, es la *erlebnis* que remite a la vivencia,

a lo rutinario pero pasajero, y es la *erfahrung* como experiencia que abarca la permanencia (Pellerano, 2008: 8). Perviven las experiencias en el tiempo porque lo que separó una forma de experiencia de la otra es que se volvió significativo para la vida del sujeto, en el cúmulo de experiencias está cifrada la historia y la memoria de cada sujeto (singular y colectivo) dando un soporte a las identidades y los devenires.

Los relatos son siempre producidos en condiciones singulares: narrador, oyente y contexto van cambiando, incluso en los casos en que se narra un mismo acontecimiento es común que se agreguen detalles y otros sean omitidos, quizá porque hay algún tercero con el que no existe la misma confianza. En la segunda parte de su pensamiento Ludwig Wittgenstein sostuvo que el lenguaje no es privado sino compartido (cfr. Robinson, 2012), por lo que la vida se hace necesariamente en el intercambio lingüístico, es por ello que las acciones que realizamos las tenemos que acompañar de un relato para dotarlas de significado, y cuando son particularmente importantes puedan encontrar un lugar en la memoria.<sup>2</sup>

La experiencia pervive en el lenguaje, en la memoria y en las representaciones que de ésta hacemos. En cierto grado la memoria y los recuerdos que la componen son relatos de experiencias que han ocurrido antes pero reencarnan incluso en el propio cuerpo de quien vivió los acontecimientos relatados, y cada vez que son nuevamente narradas las palabras adquieren otra vida y van siendo añadidos nuevos sentidos, para lo cual la escucha del otro es fundamental pues dota de diversas maneras de significación.

Cualquier narrador de experiencias precisa de la memoria, por un lado en su sentido cognitivo como apuntase Benjamin (1991): “El punto cardinal para el oyente sin prejuicios es garantizar la posibilidad de la reproducción. La memoria es la facultad épica que está por encima de todas las otras”, como en el sentido de rememoración, de recordar y

<sup>2</sup> Bien podría referirme a la memoria con alguno de sus apellidos como son *social* o *colectiva*, pero a mi forma de ver la memoria es siempre un acontecimiento social, existe en tanto hay significaciones en la cultura dadas por los otros, por tanto veo innecesario conceptualmente el empleo de dichos acompañamientos.

narrar en tanto actos anudados en toda fenomenología de la memoria. Al narrar una experiencia danzan las palabras al compás de la música producida por el traslape de los tiempos, porque mediante la memoria el pasado se hace presente y la distancia queda casi suspendida.

Esta temporalidad jugada en los relatos ocurre particularmente en la memoria y sobre todo en el acto de recordar, en la anamnesis que señaló Paul Ricoeur (2004:20) en el sentido de recolección del recuerdo, donde en el relato aparecen las representaciones y emociones necesarias para soportarlo a fin de volverse inteligible para los que participan con su escucha. Esta inteligibilidad ocurre en tanto que cultura, subjetividad y tiempo se encuentran en un relato que incluye e involucra a todos los presentes.

En el relato de la memoria el tiempo se juega entre ayer, hoy y mañana, imbricándose uno en los otros, como señala Carlos Piña:

[...] en este proceso los recuerdos son “leídos” y el futuro diseñado, la subjetividad no opera como una interferencia exterior, sino que es la naturaleza misma de él. Este es el privilegio de todo narrador, más aún si el objeto de la narración es él mismo. La situación biográfica resume y torna operativa la subjetividad del presente (1989:151).

Retomo algunas consideraciones sobre el lenguaje para apuntar que mediante las experiencias relatadas ocupamos un lugar en el espacio simbólico de los otros. A través de la palabra construimos realidades y damos sentido a nuestras experiencias; esta necesidad de significar y compartir con el otro, sea éste presente, ausente, real o imaginario, es lo que nos concita en espacios de socialización de los relatos, como son los grupos que habitamos como la familia o las amistades; nos reunimos para hablar de experiencias y para que la escucha del otro, sin la cual el relato sería vacío, nos devuelva una confirmación de lo vivido. Aquí se marca una diferencia entre el mero vivir y el experimentar algo: la vida es condición de los organismos naturales, pero la facultad de experimentar es exclusiva de los humanos que simbolizan y pueden poner en palabras lo ocurrido.

Para el sujeto del lenguaje la capacidad de comunicarse y ser comprendido por el otro le ha concedido cierto dominio de sí y

las situaciones sociales, es mediante estos signos que emitimos que podemos relacionarnos con el mundo, y la palabra, la lengua materna, es sin duda el medio fundamental de las expresiones humanas. A diferencia de lo que se llega a pensar respecto de que hoy en día se lee menos que nunca, en realidad en ningún otro momento de la historia la humanidad ha escrito y leído tanto como ahora, cuando los cuerpos humanos casi parecen incompletos sin un dispositivo de comunicación inalámbrico; la revolución en tecnologías de comunicación está cambiando para siempre los tiempos de nuestras comunicaciones, pero estas modificaciones son meramente para superar tiempo y espacio porque en buena medida intentamos comunicar las mismas emociones aunque empleemos otros signos, “el lenguaje tiene también esta función creadora en tanto nos posibilita la novedad” (Vignale, 2011:10) puesto que las cosas aparecen ante el hombre, y cuando éste las nombra, establece una relación con ellas que será modificada no en el signo sino en el tratamiento dado en cada relato. La palabra escrita y hablada, por más que en ocasiones sea deformada, prevalece y encuentra sus caminos para transmitir experiencias.

Benjamin no vio lo que sería el mundo del siglo XXI, en el que la prontitud en las tecnologías en comunicaciones han abatido casi por completo el espacio que distancia a unos y otros, pero el cuestionamiento que hiciera tras la guerra de 1914-1918 en el sentido de la pauperización de la experiencia, sobre todo por la percepción que tenía respecto a la manera en la que no había narraciones de la vida en el frente de batalla, sino un vacío una vez que regresaban (Benjamin, 1991), puede pensarse contemporáneamente: ¿es la nuestra una sociedad pobre en experiencias? La pregunta es ambiciosa y la respuesta sólo una elucubración. Parece que el léxico y la lengua van reduciéndose más debido a la ignorancia de las palabras correctas para intentar expresar lo que se pretende, y considero que la raíz está en la educación y en las dinámicas sociales. No se trata de habilidades para el palabrerío que también carece de comunicabilidad de la experiencia, sino de la ausencia del conocimiento de signos socialmente compartidos para expresarnos y de los espacios para la escucha.

El reproche fácil es el ataque a las maneras de la comunicación contemporánea en el que se intercambian emoticonos, *likes*, *tuits* y

memes, que no son sino otros signos que cumplen con su función comunicadora, pero que al sustituir la palabra diluyen lo que podría traducirse en relatos con palabras. De lo que se trata es que no son las tecnologías las que suplantaron los relatos, sino que éstas son lo que le ha quedado a la gente que ya no conversa, en ocasiones porque en su vida cotidiana carece de encuentros significativos.

En grandes ciudades vemos seres que las atraviesan de un extremo a otro en absoluta soledad, como fantasmas que no intercambian una palabra con nadie y al llegar al trabajo o a casa los relatos son grises y parcos, las comunicaciones giran en torno a la realización de actividades rutinarias que por esa condición aparentan carecer de interés narrativo ¿quién querría narrar básicamente lo mismo todos los días al volver al hogar? Algo similar fue antes esbozado por Giorgio Agamben (2007:8): “Hoy sabemos que para efectuar la destrucción de la experiencia no se necesita en absoluto de una catástrofe y que para ello basta perfectamente con la pacífica existencia cotidiana en una gran ciudad. Pues la jornada del hombre contemporáneo ya casi no contiene nada que todavía pueda traducirse en experiencia”. Vivimos en medio de un nuevo desencantamiento del mundo, en el que los valores y tradiciones de una generación casi no fueron continuados por la siguiente.

A menudo agradezco cuando algún desconocido entabla una plática conmigo, pero noto que generalmente son ancianos, ¿dónde está la espontaneidad de la juventud? Tienen lugar en otras dinámicas que tampoco deben sorprendernos porque sus experiencias son narradas en espacios que se fueron apropiando, muchos de ellos virtuales, por lo que no extraña que en escuelas u otros grupos ellos hablan de lo que ocurre en entornos digitales, pero cuya repercusión es en sus relaciones cotidianas, con consecuencias anímicas e incluso en su salud mental.

Benjamin se preguntaba en *Experiencia y pobreza* (1933:1): “¿Quién encuentra hoy gentes capaces de narrar como es debido?”. Esto me hace considerar que si los narradores están en riesgo, lo que estamos perdiendo son los espacios y vínculos sociales que posibilitan las narraciones. Hacer hoy un relato es una dificultad si el cansancio de la vida nos agobia, pero al carecer de la escucha, la que damos y la que recibimos, estamos poniendo distancia en nuestros vínculos, alejándonos y encerrándonos en la imagen que nos construimos de los otros. Ante el silencio donde

no hay experiencia es factible inmovilizar al otro, encasillarlo y hablar sobre él, como ocurre con los migrantes, refugiados y las minorías que no son escuchadas; en cambio si prestamos oídos a sus experiencias la relación se transforma y abre caminos a otras modalidades vinculares. La escucha es un don que se da al otro, lo mismo que la narración.

### **La palabra como herramienta de resistencia. Relatos del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra**

La narración que se hace a menudo de los hechos de Atenco, particularmente acerca del periodo 2001-2006 puede alcanzar un grado técnico que objetiva lo ocurrido y deja de lado las voces de los verdaderos actores, aquellos que vivieron en carne propia las emociones de esas experiencias. Por ello reproduzco aquí pasajes de dos testimonios de integrantes del Frente de Pueblos, Adán y Felipe. Si a lo largo de este artículo he escrito sobre el encuentro con el otro, considero obligación describir cómo y dónde escuché a ambos activistas.

En el marco de una investigación-recuperación de la memoria de los pueblos atenquenses sobre los movimientos políticos de la región, su historia agraria, cultura y otros temas, tuve oportunidad de conocer primero a Felipe, un hombre de poco más de 60 años cuya vida ha transcurrido principalmente en los campos de siembra de San Cristóbal Nexquipayac. Siendo esta región mexiquense una de rezago económico considerable, es de entenderse que Felipe y muchos de su generación comenzaran a reunirse en agrupaciones que demandaban mejores servicios para sus pueblos, por lo que desde muy joven entró en la “lucha” como él mismo dice, así que era natural que en 2001 él fuese uno de los fundadores del Frente de Pueblos en Defensa de la Tierra, al igual que Adán y tantos otros que han sido compañeros durante décadas.

Fue durante las sesiones de sistematización de la memoria que pude conocer a los integrantes del FPDT de Nexquipayac, unos 6 o 7 recurrentes, y en esas tardes y noches aprendí sobre lo que significan sus territorios, cómo los trabajan y sus formas de resistencia. Luego pude recorrer junto a ellos esas tierras que tanto defienden y obtuve

una experiencia propia, imprescindible para complementar lo que me habían dicho anteriormente. El trabajo con la gente de Nexquipayac me permitió conocer a sus compañeros y vecinos de la cabecera municipal, San Salvador, pueblo internacionalmente conocido por la resistencia a los planes del gobierno mexicano. Uno de ellos ya mencionado es Adán, hombre ampliamente conocido en el pueblo por su solidaridad y quien comparte historia con Felipe en tanto que campesino y activista social desde la década de 1970. Ambos forman parte de una generación de campesinos y obreros que han alimentado diversas luchas durante cuatro décadas en la región de Atenco, Texcoco y varios pueblos más.

Mi intervención combinaba por un lado el trabajo etnográfico con entrevistas abiertas y visitas a lugares significativos para ellos, y por otro las sesiones colectivas de sistematización de la memoria donde los veteranos ayudaban a conocer el pasado a los más jóvenes o neófitos, incluyéndome. Cada espacio fue enriquecedor a su manera y con el tiempo fui estableciendo vínculos fuertes mediante la escucha y el *estar ahí*, ese acto de ser parte con el otro de algo mutuamente importante; por ello la investigación era nutrida de muchísimos relatos, algunos claramente trabajados durante años de reiteradas narraciones y otros espontáneos y enunciados por lo bajo, en corto y con un carácter casi confesional entre amigos y cómplices momentáneos.

En relación con esto último convendría mencionar que existen dos modalidades de la narración de la experiencia, por una parte el lenguaje informativo “caracterizado por la pérdida de aquel eco de la experiencia vivida y el advenimiento de un lenguaje funcional y pragmático, que se vuelve un instrumento para ordenar representacionalmente el mundo” (Vignale, 2011:8-9), y por otra un lenguaje narrativo en el que la voz protagonista es la de aquel que ha generado la experiencia tanto en el nivel del acontecer como, principalmente, en el lenguaje. Esta debe ser la apuesta, en la medida de lo posible, de las ciencias sociales.

Sin embargo, en el mundo contemporáneo existen dificultades para las narraciones. En este sentido Agamben fue tajante en *Infancia e historia* cuando anuncia el fin de la experiencia: “en la medida en que el hombre moderno ha sido privado de su biografía, también les fue expropiada su experiencia y, de hecho, su incapacidad para tener experiencias y comunicarlas es acaso una de las pocas certezas que

pueden afirmarse” (Jay, 2002:1). La fatalidad de las palabras que el autor italiano escribió en el último tercio del siglo XX tienen peso en entornos altamente industrializados y tecnificados, son además una amenaza en los países en subdesarrollo en comparación con las naciones donde la modernidad parecía estancarse y la alienación acompaña la economía capitalista. América Latina y México en concreto aspiran todavía hoy al progreso prometido por la modernidad hace más de un siglo, pero aquí seguimos cuestionándonos si esa promesa se cumplió o si acaso sería posible cumplirla, neoliberalismo económico de por medio, cuando lo que encontramos es una población cuyos procesos de desarrollo económico han sido notoriamente dispares.

A escasos kilómetros de la bulliciosa Ciudad de México, donde flamean las banderas del supuesto progreso, están los atenquenses que más allá de modernidades o posmodernidades siguen narrando. Mujeres y hombres que dan forma al FPDT, que convirtieron su experiencia en un elemento central de todas sus luchas. Ellos resisten en y por la palabra para dotar de sentido para sí mismos y para los otros lo que han vivido. Se valen de su experiencia, en todos los sentidos en que ha aparecido aquí mediante distintas voces: como acción significada, como permanencia, como pasar por algo, etcétera, para reintegrarse colectivamente y actuar. Luchar es el significante de la vida cotidiana para ellos. La suya es una defensa constante de su territorio, pero en ese símbolo lo que intentan conservar son las biografías anudadas al territorio: las suyas propias, las de los ancestros que siguen fulgurando en la memoria y la de quienes están empezando, sus hijos y nietos que podrían ya no tener relatos propios, son ellos quienes podrían carecer de experiencias cuando menos en los mismos espacios resguardados por generaciones. Felipe, nos dice:

El sentido lo traemos desde niños, el amor a la tierra no viene de cuando nos la quieren arrebatar o darnos 7.20 [pesos] por el metro cuadrado y que decimos “eso no cuesta lo que nosotros queremos”, nosotros tenemos un sentido por la tierra desde mucho más atrás, ya la valorábamos desde antes, yo desde niño acompañaba a mi papá a trabajar la tierra y desde ahí me entra el cariño a la tierra y a todo lo que había en ella,

porque ya teníamos una historia desde nuestra infancia (entrevista, 12 de noviembre de 2012).

Si mencionaba las vidas confinadas de la ciudad, que muchos compartimos, en estos municipios mexiquenses como Atenco o Nexquipayac lo que percibe el visitante es otra *erlebnis* con una temporalidad distinta. No es algo que no se obtenga al salir a entornos menos urbanizados, pero al mismo tiempo recuerda que la *erfahrung* es posible por las dinámicas comunitarias. Existen en estos pueblos los lugares para hablar, algunos no son necesariamente públicos pero éstos aparecen por la disposición que tienen sus habitantes para el intercambio con el otro.

Concretamente con los miembros del FPDT encontré la generosidad de sus relatos. Bastaba con acompañarlos, con ser y estar con ellos para que fluyeran sus experiencias, vastísimas porque en décadas de resistencia, y con la necesidad de proponer soluciones, han tenido que ingeniárselas en situaciones límite. La represión es una de ellas, y han vivido muchas pero la de 2006, sufrida en su propio territorio, es sin duda la que mayor huella dejó en sus relaciones. Investigadores sociales y periodistas han circulado desde 2001 atraídos por lo ocurrido en esos fatídicos días que fueron saldados con dos jóvenes muertos, cientos de encarcelados, mujeres abusadas, la instauración del miedo y el arrancamiento de la normalidad a la vida de toda la región. Hay un halo sobre esa experiencia al que han contribuido las lecturas externas que los siguen considerando víctimas, cuando realmente ellos se miran a sí mismos como una agrupación política triunfal y permanentemente resistente, precisamente como Felipe me dijo en medio de una marcha: “mi vida ha sido luchar, sé que seguiremos aunque también nos queda menos tiempo por la edad que ya tenemos. Luego me pregunto cuánto podremos seguir, pero sé todavía estamos para unos años más” (plática durante la marcha conmemorativa en la Ciudad de México el 4 de mayo de 2016). Por eso vale recordar que toda interpretación es cualitativa y ética, depende de las circunstancias de producción del relato, por ello la diferencia está en cómo nos aproximamos a los sujetos y sus palabras.

No se trata sólo de ser respetuoso, sino de saber escucharlos desde una posición abierta a lo que quieran expresar, y por lo que escuché, la

represión de 2006 supone un capítulo que modificó muchas relaciones comunitarias y familiares, como menciona Adán:

Aquí hay gente, en especial son los priistas; hay gente de conveniencia que ellos sí reciben un dinero o reciben un trabajo, pero su trabajo es andar tratando de confundir a la gente, con mentiras, con cualquier cosa, o sea, ese es su trabajo. ¿Sabes qué es lo que los del FPDT hacemos? Les ayudamos. Lo que quiero decir es que nos hagan bien o nos hagan mal nosotros ayudamos, lo sabe el pueblo, por eso hablan mal de nosotros a los que les conviene, pero en el fondo saben perfectamente que quienes tengan un problema vienen acá con nosotros, no van a otra parte porque nadie les va ayudar (entrevista, 1 de marzo de 2013).

Fue durante el encarcelamiento de muchos hombres entre 2006 y 2010 que las mujeres tomaron un protagonismo en la vida política mucho más evidente que antes. La lucha adquirió otro carácter: además de defender las tierras la demanda era la liberación de los injustamente apresados, familiares suyos que se llevaron en la refriega o que fueron levantados en sus casas. Nadie mejor que una integrante del Frente para ilustrar lo que significó la irrupción de la participación femenina:

Y viendo que a veces nuestros hombres no estaban o tenían que estar en otros trabajos pues nos vimos en la necesidad de, nosotras mujeres, empezar a retomar lo desconocido, porque creo que la mayoría de nosotras nunca había tenido una participación tan directa, tan activa, pero era muy grande la necesidad y sigue siendo muy grande la necesidad, y yo creo que por eso las mujeres empezamos a salir a enfrentarnos a los gobiernos, ahora nos tocaba a nosotras, a rescatar a los que podemos y salir y empezar, ahora nosotras, nuestra lucha (entrevista a una integrante del FPDT, originaria de San Salvador Atenco, 22 de marzo de 2009) (Miranda y Robles, 2011:81).

Las mujeres sostuvieron la lucha y sus hogares mientras encontraron lugares para hablar de lo ocurrido: marchas, plantones, mítines o cualquier otro momento en que dos o tres hacían referencia a lo que pasó, cómo lo vivieron y las motivaciones para seguir. Estos relatos de

las mujeres han sido centrales en el proceso de justicia, incluso llegando a una audiencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos.<sup>3</sup>

Los hombres, luego de ser liberados, encontraron diferencias en sus pueblos pero el mismo acoso para despojarlos de sus tierras; no hubo tiempo de demasiadas lamentaciones, se arremangaron y continuaron su organización. ¿Entonces todo había pasado y simplemente dieron vuelta a la página? No. Precisamente porque no olvidaron fue que continuaron resistiendo, ampliaron su comprensión e integraron esta experiencia en el marco de su lucha política como actividad vital. A su forma, fueron narrándose lo ocurrido en los días de la represión, algunos de los relatos son heroicos y hasta épicos, pero también afloraron los patéticos y los infelices porque notaron que no eran los únicos en vivir el dolor. A éstos se sumaron los acontecimientos en la cárcel; la experiencia parecía alcanzar una colectivización en el lenguaje.

La experiencia como producción subjetiva devino en conocimiento para repensar el horizonte al que apuntan, también en posibilitador del reconocimiento al interior de la comunidad y como causa para vincularse de otra manera. Los relatos de todos conforman la experiencia del grupo y de la comunidad, revitalizando los aprendizajes pasados y volviendo presentes los que no se pueden olvidar por ser constitutivos de su vida social.

La palabra es medio y capital de los que luchan y de toda la subalternidad en sentido amplio. Si el capitalismo dispone de los medios de comunicación masiva para reproducir las formas de vida que le son convenientes, los oprimidos cuentan con la palabra sobre lo acontecido, con historia oral y relatos de su experiencia para defenderse, que es en sí mismo el sustento que verifica su veracidad; como científicos sociales nos toca corresponder con escucha.

<sup>3</sup> El video completo de la audiencia puede observarse en YouTube [<https://www.youtube.com/watch?v=pwX3vUxPlsA> con el título March 14, 2013 del canal OASVideos].

## Fin del escrito, continuación de la reflexión

Ante la dificultad que supone exponer conclusiones sobre un campo siempre abierto para el debate como lo son la experiencia y la palabra, considero necesario mencionar una defensa: no tengo dudas de que habrá quien acuse la falta de rigor metodológico ciñéndonos a la entrevista, especialmente la estructurada, pero el encuentro que aquí propongo basado en la incertidumbre, la apertura y la ética (que tampoco son excluyentes de otros tipos de entrevista) está pensado para rebasar esos límites metodológicos que repetidamente son camisas de fuerza para algunos investigadores sociales. A lo que apunto es a la ampliación de esas fronteras priorizando el contacto, la intersubjetividad y la co-construcción de conocimiento partiendo de una propuesta metodológica que considero relevante para toda ciencia que involucra el trato humano.

Sólo desde la incertidumbre y la apertura es que podemos intentar una aproximación, lo demás es reducción del otro. El esfuerzo que esto implica resultará complicado para aquellos acostumbrados por largo tiempo a cierta objetividad, pero cabe recordar que la distancia de los sujetos de la investigación tiene lugar únicamente en la posterior interpretación crítica de los acontecimientos objetivables.

Ciertamente existe un ir y venir donde aumenta y disminuye la distancia, pero en el encuentro sólo cabe la proximidad ética, otra cosa será una psicologización de la narración y por último de la situación del otro. Pasar por encima de esto es un reto para el cual será útil una comprensión compleja e interseccional, en la que se toman en cuenta los aspectos de mayor relevancia que son puestos en juego en las acciones y relatos de los otros.

Privilegiar la experiencia en las ciencias sociales es una decisión epistemológica, metodológica, ética y hasta política que permite conocer más con quienes continúan proveyendo de relatos de la vida contemporánea, son las palabras que necesitamos seguir escuchando porque en éstas nos aproximamos a saberes que dan cuenta de la subjetividad. Aquel capaz de narrarnos experiencias no será un sujeto plenamente alienado porque posee elementos para el conocimiento y la acción. Martin Heidegger ya lo dio a entender en *El ser y el tiempo* (2009) cuando sostuvo que el ser,

ese que estuvo ahí, que luego transformó en palabras su experiencia, es el que comprende lo que está ocurriendo. Son ellos con quienes las ciencias sociales deben colaborar para seguir profundizando en la investigación acción participativa que atienda sus valiosas palabras y experiencias.

## Bibliografía

- Agamben, Giorgio (2007). *Infancia e historia*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo.
- Ahumada, Marcelo, Bibiana Antón y María Peccinetti (2012). “El desarrollo de la investigación acción participativa en psicología”, *Enfoques*, primavera, núm. 2, Entre Ríos.
- Benjamin, Walter (1933). *Experiencia y pobreza* [<https://semioticaenlamla.files.wordpress.com/2011/09/experienciabenj.pdf>].
- (1991). *El narrador* [[http://mimosa.pntic.mec.es/~sferna18/benjamin/benjamin\\_el\\_narrador.pdf](http://mimosa.pntic.mec.es/~sferna18/benjamin/benjamin_el_narrador.pdf)].
- Foucault, Michel (1968). *Las palabras y las cosas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Heidegger, Martin (2009). *El ser y el tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Jay, Martin (2002). “La crisis de la experiencia en la era pos-subjetiva”, *Prismas*, núm. 6, Buenos Aires.
- LaCapra, Dominick (2006). *Historia en tránsito. Experiencia, identidad, teoría crítica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Maturana, Humberto y Francisco Varela (1984). *El árbol del conocimiento*. Santiago: Lumen/Editorial Universitaria.
- Miranda, Rafael y Mariana Robles (2011). “Intervenir a favor de la autonomía. Un balance de las significaciones del género y la acción social”, *Tramas. Subjetividad y Procesos Sociales*, núm. 35. México: UAM-Xochimilco.
- Montero, Maritza (2002). “Construcción del otro, liberación de sí mismo”, *Utopía y praxis latinoamericana*, año 7, núm. 16, marzo. Caracas: Universidad Central de Venezuela.
- Pellerano, Rut (2008). “Capas, o el modo de atravesar experiencias. Walter Benjamin”, *Límite*, vol. 3, Tarapacá.
- Piña, Carlos (1989). “Sobre la naturaleza del discurso autobiográfico”, *Argumentos. Estudios críticos de la sociedad*, agosto. México: UAM-Xochimilco.

- Ricœur, Paul (2004). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Robinson, James (2012). “Wittgenstein, sobre el lenguaje”, *Estudios*, núm. 102, vol. X, otoño. México: Instituto Tecnológico Autónomo de México.
- Vasilachis de Gialdino, Irene (1992). *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Vignale, Silvana (2011). “Experiencia y narratividad en Walter Benjamin”, *Páginas de Filosofía, Universidad Nacional del Comahue*, vol. 12, núm. 15, Comahue.
- Zapata, Laura y Mariela Genovesi (2013). “Jeanne Favret-Saada: ser afectado como medio de conocimiento en el trabajo de campo antropológico”, *Avá. Revista de antropología*, núm. 23 Universidad Nacional de Misiones, Posadas.